



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12408

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración Mayor, 24

SABADO 14 DE MARZO DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Oumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.



LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL

COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

AGENCIAS en TODAS las PROVINCIAS de ESPAÑA, FRANCIA y PORTUGAL

37 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS sobre LA VIDA —SEGUROS contra INCENDIOS.

Subdirección en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPAÑIA Caballos 15

¡Pobres cristianos!

Suiza comienza á sentir simpatías por los macedonios, y las manifiesta.

De aplaudir son esos sentimientos; pero no ahorrarán á los esclavos de Turquía las persecuciones y ultrajes de que aparecen víctimas.

Ese imperio caduco, que se cae á pedazos, situado á las puertas de Europa entre naciones cultas, vive como Marruecos, merced á los celos que dominan á las grandes potencias; no dominara en éstas la avaricia ni se vigilaran con recelo para oponerse á que las otras lleven su influencia á los imperios turco y marroquí y esos dos padrones de ignominia, vergüenza del progreso y de la humanidad, no existirían al modo como existen hoy; ó se hubieran plegado á la marcha progresiva de Europa ó habrían desaparecido para la barbarie, renunciando para la civilización.

Pero no es así; el temor de que alguna nación intervenga, á título de humana, en las sangrientas luchas que sostiene, Turquía con sus súbditos cristianos y se alce con el santo y la limosna, impide que ninguna ponga coto á esa cacería fe-

roz que en pleno siglo veinte, se ve rífica en un rincón de Europa para escarajo del mundo. ¡Ni que fuesen peñeros los pobres cristianos macedonios!

A tal extremo ha llegado á perseguirlos la jauría, que haciéndose fuertes en su misma desesperación, se han revuelto feroces contra el implacable enemigo que los acuchilla en los templos, les roba las hijas, ultraja sus mujeres y degüella miles de criaturas.

La serie de crímenes de que es teatro Macedonia, indigna. No puede leerse con serenidad el relato de lo que allí pasa. Los nervios se crisan, el rostro se colora, el corazón se hincha á impulsos de la sed de venganza y por uno de esos movimientos naturales en las personas que presencian la ejecución de actos crueles con seres indefensos, se siente el deseo de que la víctima se convierta en verdugo.

Todo eso ocurre á los ojos de la cristianísima Francia, de la cristiana Inglaterra, de Italia, de Austria, de Alemania y de Rusia, cristianas también que tienen en Turquía sus representantes; pero ninguna impide que se siga persiguiendo á los cristianos macedonios; ninguna impide que se incendien sus templos, que se ultraje á sus mujeres y se arrebate la vida á los niños.

Todo eso cesará con el tiempo, pero no será por los buenos ofi-

cios de la culla Europa, sino por el cansancio de las víctimas. Turquía es un pueblo caduco que se va destruyendo por sí propio. Sus pedazos se llaman Servia, Montenegro, Bulgaria, Rumania, que hicieron en lo antiguo lo que hacen hoy los macedonios.

Estos se libraron de su verdugo por su propio esfuerzo, como se libran mañana las regiones que gimen ahogadas por la media luna.

Y cuando la última recabe la libertad apeleada y la autoridad del Emperador haya desaparecido de Europa, aún estarán las naciones cristianísimas en la actitud de ahora, acechándose para evitar que ninguna aspire á realizar provechos interviniendo entre turcos y cristianos en nombre de la humanidad.

¡Soberbia situación!

TIJERETAZOS

Leemos:

«Villaverde sostiene y dice, á quien le quiere oír, que no se aumentará de ninguna manera los presupuestos, que así se lo tiene dicho á sus compañeros y que se sostendrá en lo dicho.»

Del dicho al hecho hay mucho trecho.

Y no debe olvidarse el marqués de Pozo Rubio que en otra ocasión hizo igual propósito y lo deshizo varias veces.

Y eso que amenazó con la cuestión de gabinete y se puso á hacer en varias ocasiones.

Varios periódicos apuntan la especie de que el Roghi es un príncipe noveloso.

Otros dicen que el padre de la burra y el príncipe tuerto son inseparables.

¡Cómo que los creen una sola é indivisible personal!

Verdaderamente da mucho en que pensar el pretendiente.

Va, viene, se le persigue, casi se le apresa y desaparece para aparecer en otra parte.

Hasta se hace el muerto.

O ese pretendiente es un fantasma ó es el príncipe tuerto que se perdió hace meses sin que haya de él noticias en la corte de Fez.

Todo eso del continente negro va adquiriendo carácter de novela y es preciso dejarlo.

Bastante tenemos con la realidad.

Dice «El Globo»:

«El gobierno, como los malos pagadores, aplaza indefinidamente sus compromisos.»

En esto hace lo mismo que hicieron sus predecesores.

Que es lo mismo que harán los que vendrán después.

¡Lo que pueden las malas costumbres!

La prensa inglesa tributa grandes elogios á Mr. Chamberlain por la labor que ha realizado en el Sur de Africa.

¡Cuántas lágrimas y gotas de sangre cuenta esa labor!

De las libras gastadas no hablémos: mudaron de bolillos.

Pero de lo otro...

Que hablen las viudas, las madres sin hijos y los hijos sin padres.

¡Vaya una labor!

CURIOSIDADES

Los negros millonarios

Según nos cuenta el «Sun», de Nueva York, hay en esta ciudad unos 200 ó 300 negros que son varias veces millonarios.

Llevan una vida muy retirada, no salen más que rara vez, evitando siempre mezclarse á los blancos, y sus círculos son tan impenetrables como el de las más antiguas familias aristocráticas del continente.

Pero lo modesto de sus relaciones con el mundo blanco está compensado con un lujo interior santuosísimo, recepción y fiestas mágicas que celebran entre sí.

Sus ciudades son invariablemente blancas inmigrantes, recién llegados al país, y que todavía no conocen el principio que respecto á los negros tienen los americanos.

No envían sus hijos más que á colegios y

penasiones frecuentadas exclusivamente por negros.

Tienen sus teatros y salas de fiestas con actores, música y poetas negros como ellos sus clubs deportivos y políticos, y sus cafés conciertos, cuya instalación puede rivalizar con lo más rico y hermoso que en este género tiene Nueva York.

El tesoro de los boers

En su viaje por el Africa del Sur, mister Chamberlain, con la peor intención del mundo, viene haciendo alusiones más ó menos discretas al tesoro ocultado por el antiguo gobierno boer.

Eso produce, naturalmente, bastante mala impresión en las clases inferiores, y el ministro inglés lo sabe muy bien; pero por eso habla de ello tan á menudo: quiere dividir á los boers para dominarlos mejor.

Lo cierto, ó lo que se tiene por tal, es que hay, en verdad, mucho oro que procede del antiguo gobierno de las dos repúblicas.

Pero ese oro está enterrado en el Africa austral y no colocado, como se dijo en ningún Banco europeo.

Cuál sea el objeto á que ese tesoro escondido se destina, es lo que Mr. Chamberlain no ha averiguado todavía.

Envenenamiento por la nieve

Según telegrafían de Belgrado, ocho discípulos de la escuela comunal, en Niécha, han tenido que ser transportados al hospital por presentar síntomas de envenenamiento.

Eso no tiene, en realidad, mucho de particular; pero le tienen en cambio las circunstancias en que este envenenamiento se ha producido.

Parece ser que al ir á la escuela los niños se pusieron á comer nieve, de la que había caído en abundancia la noche anterior.

Inmediatamente experimentaron dolores. Los síntomas de la intoxicación eran los mismos que se observan en el envenenamiento por el opio.

Los médicos se encuentran ante un enigma, pues no pueden explicarse cómo pudo introducirse en la nieve fresca y pura ninguna sustancia tóxica.

El ladrón de cadáveres

Ante el tribunal de Indianópolis (Améri-



Probad el Cognac de HENRI GARNIER y C^a



83

LA MUERTE

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 82

ojos, para mirarla sin hacer nada y para sufrir atrozmente.

Para escapar de esta visión, Ivan Iliitch buscaba un remedio, otras pantallas; estas pantallas aoidían durante un tiempo en su socorro; pero en seguida, sin desvanecerse por completo, la dejaban ver á través, como si «ella» lo atravesase todo y como si nada pudiese ocultarla.

Y volviendo al Tribunal, y desechando de sí todas sus incertidumbres, trababa conversación con sus compañeros, y se sentaba como antes, paseando sobre la multitud una mirada pensativa y distraída, apoyando sus descarnadas manos sobre los brazos de su sillón de roble; luego, inclinándose como de ordinario hacia el asesor, hojeaba el lejano, hablaba en voz baja, y de repente, levantando los ojos y rígido en su asiento, pronunciaba las fórmulas de costumbre y declaraba abierta la sesión.

De pronto el mal le atacaba de nuevo, sin cuidarse de la sesión pública, y abría élla suya. Ivan Iliitch que le espía, hacía por desochar la idea, pero ella proseguía su marcha. Entonces «ella» se erguía, de pié ante él, y le miraban. El se ponía rígido, sus ojos se apagaban, y otra vez volvía á preguntarse:

«¿Es «ella» la única verdad?»

Sus colegas y sus subordinados consideraban con doloroso asombro á aquel juez tan hábil y tan brillante, que se embarrullaba y cometía equivocaciones.

El se despavillaba, hacía por recobrar su vigor intelectual y dirigía con gran trabajo los debates hasta el fin. Luego entraba en su casa con la triste certidumbre de que su antigua vida de juez era incapaz de hacerle olvidar, y de librarle de «ella». Y lo peor era que «ella» le arrastraba á su casa, no para ocuparse en algo, sino sólo para mirarla fijamente á los

VII



Ivan Iliitch veía que se moría, y se hallaba sumido en un mar de incertidumbres y en una desesperación sin fin ni tregua.

En lo más profundo de su alma sabía perfectamente que se moría; pero no se acostumbraba á la idea, no comprendía ni podía absolutamente comprender aquello.

Aquel ejemplo de silogismo que había aprendido en la lógica de Kiziveter: «Pedro es un hombre; todos los hombres son mortales; luego Pedro es mortal», le